



La puerta de hierro se abrió y apareció un policía que se quedó estático bajo el marco unos segundos.

–Sal, muchacho, tienes una visita.

Emilio se levantó de la cama sucia que había en ese calabozo de la comisaría. Lo hizo con desgana, como si le hubieran interrumpido una actividad apasionante. El policía se retiró de la puerta para que él pasara.

–No me vuelvas a llamar muchacho –dijo al agente mirándole a la cara.

El policía era un hombre corpulento y sobrepasaba en altura a Emilio en varios centímetros. Aquella muestra de descaro, sin embargo, le hizo sonreír.

–Acompáñame.

Caminaron juntos por aquel pasillo oscuro, pintado de color grana hasta media altura. La pintura estaba

muy deteriorada y tenía algunas palabras escritas con bolígrafo o rayadas con un objeto punzante. En el trayecto se cruzaron con otro agente que llevaba esposado a un detenido. Llegaron a una puerta de madera hueca, con un agujero a la altura del pie. El policía la abrió y le hizo pasar al interior. En el otro extremo de la sala, de pie, estaban los padres de Emilio. La habitación tenía un aspecto desolador: una mesa vieja y cuatro sillas desiguales. La madre estaba llorando. Su padre estaba serio y parecía no querer mirarlo. El policía cerró la puerta y permaneció de pie en un rincón.

—¿Te tienes que quedar dentro? —le preguntó Emilio.

—Sí —se limitó él a contestar.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo a que me den una pistola?

—No pueden darte una pistola porque no la tienen. Han sido registrados antes de entrar aquí. Han tenido que pasar por todo eso para verte.

Emilio dejó de mirar al policía.

—Yo no les he pedido que vinieran —dijo.

Su madre no podía contener las lágrimas cuando escuchó a su hijo enfrentarse al policía de aquella forma. Ella comenzó a hablar con dificultad porque el llanto no le permitía hacerlo mejor.

—¿Qué has hecho para que te traigan aquí, Emilio?

—¿No os lo han contado ya? ¿Necesitáis que yo os lo repita?

El padre no hablaba. Se limitaba a hacer un gesto negativo con la cabeza.

—¿Pero por qué? —acertó a preguntar su madre, que parecía disponer de un tiempo muy limitado y quería aprovecharlo para expresar las frases que traía preparadas—. ¿No te hemos dado siempre todo lo que necesitabas? ¿No nos hemos siempre sacrificado...?

Emilio no le dejó terminar la frase:

—¡Ya vale, mamá! No quiero sermones. ¿De acuerdo? Ya los he escuchado muchas veces.

La mujer se quedó callada ante la actitud del muchacho. Se limitó a enjugarse las lágrimas con un pañuelo. En la sala se creó un silencio tenso y nadie se atrevió a pronunciar una palabra. El policía miró al muchacho y luego a sus padres. Emilio parecía estar incómodo en aquella situación. Se apoyó con las manos sobre el respaldo de la silla y observó que estaba fijada en el suelo. El padre no lo miraba. Parecía tener la mirada perdida.

—¿Hemos terminado? —preguntó Emilio sin dirigirse a nadie en concreto.

—No quieres ni mirarnos... —susurró la madre—. Ni hablar con nosotros...

El muchacho se limitaba a mirar al suelo con gesto de fastidio.

—Quizá sea mejor que me lo lleve —intervino el policía.

Sujetó a Emilio del brazo y le indicó la salida.

–No hace falta que me agarres. No me voy a escapar.

–Tienes unos padres que no te los mereces –le dijo el hombre–. Vámonos.

–Agente... –lo llamó la madre.

El policía se volvió.

–¿Qué le va a pasar ahora?

–No lo sé. Mañana lo verá el juez. Él indicará lo que sea conveniente.

Salió con Emilio y cerró la puerta tras de él. Recorrió con el muchacho de nuevo el pasillo en sentido contrario y volvió a dejarlo en el calabozo. Cerró la puerta y echó la llave. Emilio se quedó un momento mirando hacia fuera a través de la ventana de la puerta. No se veía nada desde allí. Tan solo la pared con sus inscripciones. Eran palabras y frases muy parecidas a otras que había en las paredes de la celda. A Emilio le recordaban las que llenaban los servicios del instituto, los azulejos y el interior de las puertas. Se fue hasta el camastro que había en la habitación. El colchón estaba sucio y quemado en una esquina. Prefirió ignorar esos detalles y se echó sobre él intentando pensar.

La cerradura de la puerta volvió a sonar después de pasada una hora. Emilio se sentó sobre la cama y comprobó que no había logrado pensar en nada con claridad. En la cabeza varias ideas le daban vueltas en desorden. Abrió la puerta un policía distinto del

anterior, pero quien entró en la celda no fue él, sino un hombre que manejaba un carrito. Llevaba uniforme, pero no era de policía, sino un mono gris. Debía de tratarse de un empleado.

—La cena —dijo el hombre.

Depositó sobre la mesita de la habitación una bandeja de plástico con algo que parecía una empanada.

—No quiero comer —contestó Emilio.

—Aquí no se hacen ascos, muchacho —respondió el hombre con una sonrisa que a Emilio le pareció de burla.

—Llévatelo. Te he dicho que no quiero comer.

—¿Dónde te has creído que estás? ¿En un hotel de cinco estrellas?

—¡Y a ti cómo hay que decirte las cosas?! —exclamó Emilio al tiempo que lanzaba un manotazo a la bandeja y la arrojaba al suelo.

El hombre levantó la mano para darle una bofetada, pero se detuvo. Emilio permaneció impasible y aguantó la amenaza sin pestañear y sin dejar de mirar fijamente al hombre. El empleado bajó la mano y recogió la bandeja y la empanada.

—Maldito estúpido —refunfuñó.

Cuando se puso en pie esbozó ante él una sonrisa que ahora sí era inequívocamente de malicia.

—Ya comerás. Ya verás cómo te acostumbras en el tiempo que se te avecina. Puede que así sea el resto de tu vida a partir de ahora...

–Déjalo ya. Vámonos –le dijo el policía desde la puerta.

Cerraron y Emilio volvió a quedarse a solas. Ni siquiera recordaba desde qué hora no comía ni cuándo había perdido el apetito. Pensó que posiblemente no volvería a recuperarlo nunca. En realidad, era algo que no le importaba en absoluto. Se sentó en la silla que había junto a la mesita, pero se levantó después de pensar qué hacía él sentado ante aquella mesa si no iba a hacer nada sobre ella. Se sintió ridículo. Volvió a echarse sobre la cama con la vista perdida en el techo. Intentaba pensar en algo, pero solo acertaba a ver una y otra vez las escenas que había vivido en las últimas horas. Era como una película que se terminaba y volvía a empezar.

Unos minutos después la luz del techo se apagó. Emilio no escuchó explicación alguna. Solo se oyeron golpes que otro detenido daba en la pared, al tiempo que lanzaba insultos a los policías a través de la ventana de la puerta que daba al pasillo. Él supuso que era alguien que llevaría allí más tiempo. Sintió un escalofrío por el cuerpo cuando imaginó que dentro de poco tiempo él también sería un veterano en aquel lugar o en otro parecido.

Emilio abrió los ojos y comprobó que estaba boca abajo. Estaba rozando el colchón con los labios y sintió un profundo asco. Se incorporó de un salto y se dio cuenta de que ya había amanecido. Por el

pasillo se veía actividad: agentes que pasaban, una persona que barría el suelo. La luz del sol llegaba hasta ese lugar, pero de forma indirecta. Se volvieron a oír las protestas del otro detenido. Debía de estar en la celda contigua a la suya. Emilio no entendía qué era lo que aquel hombre reclamaba, o si protestaba solo por costumbre. Incluso llegó a pensar que por qué no lo secundaba él en su protesta, por qué no gritaba él también en la puerta del calabozo e insultaba a todo aquel que pasara frente a su ventana. En realidad, no tenía nada que perder. Peor situación que aquella no podría encontrar.

Alguien abrió su puerta de pronto y Emilio saltó hacia atrás porque pensó que habían descubierto en qué estaba pensando.

—Acompáñame —dijo el agente que estaba en la puerta.

Era un hombre con el pelo gris y le hablaba muy serio. No era ninguno de los que había conocido por la noche, que ya habrían terminado su jornada y estarían descansando ahora. Lo siguió por el pasillo. Pasaron por una zona de mesas ante las que había gente escribiendo en los teclados de ordenadores. No recordaba haber visto aquel lugar la noche anterior. Tenía la sensación de encontrarse en un edificio distinto.

Llegaron a una salita pintada de blanco. En ella había un hombre con una cámara fotográfica colocada sobre un trípode.



—Colócate en esa pared —le indicó el policía.

El hombre disparó la cámara y Emilio recibió el fogonazo del flash.

—Anda, ponte de perfil.

En ese momento comprendió que iba a ser fichado, que su fotografía y su nombre completo pasarían a formar parte de los archivos policiales.

—Da un paso adelante —dijo el hombre de la cámara.

Había oído contar a alguien ese momento, el de la fotografía. Luego tendrían que tomarle las huellas dactilares y completar la ficha antes de archivarla. Siempre le había sonado todo aquello a algo irreal, a algo que solo pasaba en las películas. Pero comprendió que en ese instante le estaba ocurriendo a él y ya no había forma de dar marcha atrás.

—Que des un paso adelante, ¿no oyes? —le ordenó el agente.

Emilio lo miró con desprecio al tiempo que daba el paso.

—Tranquilo —contestó.

Un segundo fogonazo llenó la salita. El agente no pronunció una palabra. Le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Llegaron hasta una mesa. En ella había una mujer de mediana edad que tenía el pelo corto. No vestía de uniforme. Emilio pensó en el aspecto que tendría él a esas horas de la mañana, con la misma ropa del día anterior. La mujer

no parecía fijarse mucho en esos detalles. Le tomó la mano y de ella, solo el dedo índice. Lo impregnó en algo que parecía una piedra humedecida con tinta negra y lo pasó por una cartulina que tenía un recuadro en blanco. Sobre esta quedó una mancha con su huella. Repitió la operación en tres ocasiones. Cuando concluyó, la mujer le extendió una toallita húmeda de papel, pero no le miró a la cara.

—¿Quién lo verá? —preguntó la mujer con tono frío, como si tuviera que consignarlo en la ficha.

—¿Te refieres al juez?

—Sí, ¿qué juez lo verá?

—Ricardo Caravaca —respondió el policía—. Dentro de un momento lo llevaremos.

Emilio sintió una especie de humillación al escuchar a aquellas dos personas hablando de él como si no estuviese delante. Pero algo le hacía suponer que no estaba en condiciones de protestar. Desde que había sido detenido había pasado a ocupar una posición distinta al resto de las personas.

—Yo he terminado ya —dijo la mujer—. Te lo puedes llevar.

La última frase la encajó como un puñetazo en el estómago. Aquella funcionaria le indicaba al policía que se lo llevara de un lugar a otro. A él. Que lo tratara como un objeto, como un paquete que se puede transportar. ¿Qué se había creído ella que era? ¿Qué cara pondría si cogiera todo lo que tenía sobre

la mesa, el ordenador incluido, y lo arrojara al suelo? ¿Y si volcaba la mesa también o se la echaba a ella encima?

Emilio puso la mano en el filo de la mesa, pero al policía no le gustó aquel movimiento. Lo sujetó firmemente por el brazo.

—Cuidado, chaval.

—¿Qué crees que voy a hacer?

—Sé que no vas a hacer nada. De eso me ocupo yo. Andando.

De camino a los calabozos Emilio miró hacia atrás con intención de cruzarse con la mirada de la mujer, para que ella pudiera contemplar sus ojos como una amenaza. Pero la mujer ni lo miraba ya. Había vuelto a su trabajo y ahora se ocupaba de rellenar las fichas que había sobre la mesa.

Por el pasillo Emilio pensó que todo en aquella comisaría respondía a un engranaje que no se detenía. Que su maquinaria, su propio caso, se había puesto en funcionamiento la noche anterior y ya no iba a detenerse. A un paso le seguiría otro y luego otro. Casi tenía la sensación de saber qué vendría a continuación, en el minuto siguiente y en el que iba a continuación. Era una impresión como de haber vivido ya aquellas escenas, como si las estuviera recordando. Desearía poder decir que ya estaba bien, que todo podía terminarse ahí. Pero de pronto se daba cuenta de que ya no era posible volver atrás.

Todo era como si una piedra hubiera echado a rodar por una pendiente.

—No cierres la puerta —le dijo al policía un compañero que llegó hasta donde ellos estaban.

—¿No?

—No. Nos vamos a los juzgados.

—Bien.

Se volvieron con él y caminaron juntos. Emilio en medio, escoltado por los dos policías. Le hicieron pasar por unos pasillos distintos de los anteriores. Después abrieron una puerta y salieron a un gran patio. En él había unos aparcamientos techados en los que esperaban furgonetas y coches policiales. Caminaron hasta el vehículo más cercano. Uno de los agentes subió en el asiento del conductor y el otro, el del pelo gris, se montó con el muchacho en la parte de atrás. Se abrió una puerta automática que cerraba el patio y el coche salió al exterior, a una avenida. Durante el trayecto se cruzaron con cientos de coches y otros los sobrepasaron a ellos. Los conductores y sus acompañantes no parecían prestar ninguna atención a aquel coche de la policía. Emilio pensó que ahora sería fácil escapar. El policía de delante iba ensimismado con el tráfico y el de atrás miraba a través de su ventanilla. Ni siquiera lo habían esposado. Solo tendría que hacer un movimiento rápido y tomar el picaporte de la puerta, aprovechar una parada en un semáforo, abrir y salir disparado por una de aquellas calles que salían por la

derecha. El coche no podría seguirlo porque no era posible maniobrar entre aquellos vehículos; los policías no podrían alcanzarlo porque él corría mucho más que ellos, sobre todo más que ese hombre mayor que llevaba al lado. Miró al agente y él le devolvió la mirada. Escuchó la radio del coche con un ruido de lluvia y una voz ronca que hablaba de forma entrecortada. Emilio no comprendió ninguna de las palabras que emitía aquel aparato. El policía del volante sí debió de entenderlas porque tomó el transmisor y contestó en voz baja a lo que le habían preguntado. Unos metros más adelante la radio volvió a sonar, pero el hombre no pareció hacerle caso. El otro agente volvió a mirar al muchacho y él decidió desistir de su idea.

El coche celular no tardó mucho tiempo en detenerse en la puerta de un edificio de ladrillo rojo.

–Quédate aquí –le ordenó el policía de su lado.

El hombre bajó, rodeó el coche y le abrió su puerta. Emilio bajó y vio cómo le tomaba del brazo en el trayecto que mediaba del coche a la puerta del edificio. Lo llevaron luego por pasillos y escaleras. Pasó por oficinas con ventanillas donde había gente esperando. Observó cómo las personas se giraban para mirarlo, para asistir al espectáculo de ver a un muchacho conducido por dos policías. Se cruzaron con otros agentes que también llevaban a otros detenidos, pero eran mayores que él e iban esposados. Nunca había visto tan próximo a un hombre en aquellas condiciones

y ahora los observaba a cada paso. Las paredes del edificio también estaban deterioradas y sucias. Los policías parecían saber muy bien adónde se dirigían porque sin preguntar a nadie subieron dos pisos y se detuvieron ante una puerta. Tampoco hablaban entre sí. En la puerta había un banco de madera.

—Siéntate —le dijeron a Emilio.

Luego se sentaron ellos. Uno a cada lado. Solo pasó un minuto cuando un empleado abrió la puerta.

—Pueden pasar.

Era un hombre joven, con una chaqueta marrón. Emilio supuso que no era el juez porque no iba vestido de negro y con peluca, como en las películas. Les acompañó a una sala de juicios, pero estaba casi vacía. Había imaginado que el suyo sería un juicio multitudinario, con un jurado de veinte personas que escucharía su caso y un abogado defensor que lucharía por él. Pero aquello era más triste. Solo había una mujer escribiendo en un ordenador y otro hombre con corbata y en camisa hablando con ella. Ni siquiera había juez. Los dos dejaron de hablar. El hombre se puso la chaqueta y se sentó en el sillón central.

—Señoría, el caso de Emilio Beltrán —anunció el hombre joven que los había llamado antes.

Emilio experimentó un escalofrío cuando oyó su nombre con aquella claridad.

Pero el juez tampoco era muy mayor y no vestía como en las películas.